

SOLEMNIDAD DE LA DEDICACIÓN DE LA BASÍLICA DE MONTSERRAT

Homilía del P. Josep M. Soler, abad de Montserrat

3 de febrero de 2009

Lc 19, 5

Hoy tengo que alojarme en tu casa. Estas palabras de Jesús a Zaqueo, hermanos y hermanas, se hicieron realidad también aquí en Montserrat. Los monjes habían construido esta casa de oración para la comunidad monástica, los escolanes y los peregrinos. Y hoy hace 417 años, con la dedicación solemne, el Señor entró bajo estas bóvedas para hacer presente cada día *la salvación* a favor del pueblo reunido, como hizo en casa de Zaqueo. Allí Jesús se sentó en la mesa con los pecadores. Y aquí se sienta con nosotros débiles, también, y pecadores como somos. Se sienta para traernos una *salvación* que es perdón, que pide acogida y reconciliación; una *salvación* que comunica la Palabra que ilumina la existencia, que ofrece el pan de vida, que propicia el diálogo íntimo con el Señor que hermana a los que nos reunimos entorno a él. Siempre bajo la mirada maternal de Santa María. A ella está dedicada esta casa, honrada con el título de basílica; ella acoge nuestras plegarias y, como en Caná, las presenta a su Hijo, Jesucristo.

Hoy tengo que alojarme en tu casa. El Señor continúa quedándose en nuestra casa. Y eso nos impresiona, porque somos conscientes de la grandeza de Dios y de nuestra fragilidad. El canto de entrada, al inicio de la celebración, subrayaba precisamente la santidad y la trascendencia del Huésped divino que nos acoge en esta casa: *Dios es temible; es el Dios de Israel* (Ps 67, 36). De aquí nuestra reacción de alabanza y de adoración: *Dios sea bendecido*. Pero este Dios grande e inalcanzable ama entrañablemente la humanidad y se ha querido hacer máximamente próximo en Jesús para poder sentarse a la mesa con nosotros y curar nuestras heridas, saciar nuestra hambre de amor y de felicidad, satisfacer nuestra sed de plenitud y de infinito. Aquí *da poder y valentía a su pueblo* (cf. canto de entrada); desde este sitio manifiesta su ternura y ofrece su gracia en favor de los monjes, de los escolanes, de los peregrinos; desde este lugar nos vigoriza para el combate de cada día. Desde aquí, la casa de Madre de Dios, vela por el pueblo catalán que tiene por Patrona a Santa María de Montserrat y por la Iglesia que hace camino en nuestro país.

Hoy, en la solemnidad de la dedicación de esta basílica, agradecemos la presencia del Señor que entró en este lugar para hacérselo suyo y nos edificarnos como Iglesia de piedras vivas, por medio de la Palabra y de los sacramentos.

Hoy tengo que alojarme en tu casa. Esta presencia de Jesucristo, inseparable de la de Padre y del Espíritu Santo, no es una presencia estática, que sólo nos tendría que mover a la adoración, al temor y a la humildad. Es una presencia transformadora en continuidad con la de Jesús en casa de Zaqueo; él hace presente *la salvación* a favor nuestro y de todos los peregrinos. No se limita a perdonarnos, a consolarnos y a vigorizarnos espiritualmente. La obra que el Señor hace en este lugar es de transformación profunda de nuestra realidad personal y comunitaria. Lo podremos interiorizar por medio del canto de comunión, que nos repetirá unas palabras de san Pablo: *¿No sabéis que sois templos de Dios y que el Espíritu de Dios habita en vosotros?* (1Cor 3, 16). La comunidad cristiana que formamos, los que vivimos en Montserrat y los que subís como peregrinos así como los que participan de nuestra plegaria a través de los medios de comunicación, se va construyendo como verdadero *templo de Dios*, como templo de la Nueva Alianza que sustituye el templo de Jerusalén. El *Espíritu Santo* realiza una obra infinitamente más perfecta que la que realizaba la presencia de la Gloria de Dios en el templo de la Primera Alianza.

La liturgia del aniversario de la dedicación de la basílica, pues, nos hace pasar de la consideración de las piedras que la forman a la realidad de lo que somos como comunidad cristiana, de la cual el edificio material es un símbolo. Y nos dice que, si bien este lugar es venerable, lo es mucho más el templo espiritual que formamos. Nosotros, a pesar de nuestra fragilidad y nuestro pecado, por pura gracia del Señor, que nos sienta con él a la mesa, formamos el *templo de Dios* y este *templo, que somos nosotros, es sagrado* porque estamos habitados por el Espíritu. Lo diremos, también, en el canto de comunión (1Cor 3, 17). *Es sagrado* porque al Espíritu, que hemos recibido en la iniciación cristiana, nos ha consagrado a Dios y nos hace partícipes de la vida divina.

Hoy tengo que alojarme en tu casa. La presencia del Señor en ésta basílica ahora que celebramos los Santos Misterios de la Nueva Alianza, bajo la solicitud maternal de Santa María, hace que nos demos cuenta de nuestra dignidad como comunidad eclesial y como personas bautizadas. Y al mismo tiempo, esta presencia nos cohesiona en la fe y en la caridad de unos con los otros como edificio espiritual. La unidad en la diversidad hace que se consolide *este templo de Dios que somos nosotros*. Cada uno de los que lo formamos es una piedra viva que Dios va trabajando para edificar su Iglesia (cf. 1Pe 2, 5). Procuremos, pues, hacernos dóciles a la obra que, Dios por medio de Jesucristo y del Espíritu, quiere ir haciendo en nosotros entorno a este altar. Así, teniendo parte en la mesa del Señor, estaremos en comunión con él, nos comunicará la salvación y nos hará participar de su vida divina, de la santidad de Dios.